

DESCRIPCIÓN DEL ISTMO DE PANAMÁ

EN EL SIGLO XVI



II

I quisiéramos hablar, aunque fuera de paso, de las aves que poblaban las montañas del Istmo, necesitaríamos un volumen. Veíanse en las levantadas aristas de los cerros más elevados morar tranquilas las feroces *águilas reales*, y en las faldas de los montes los canoros *jilgueros*, los encantadores *colibrís*, los *azulejos*, los amarillos *turpiales* y los *toches*; multitud de especies de vistosos *guacamayos*, *loros* de variadísimos tintes, *pericos* y *periquitos* parleros y cien familias más de aves tri-

naban en aquellos bosques, libres y felices ¹.

Entre estas aves solían verse las que llaman en Costa Rica *quetzal* (*troyon resplen-*

¹ Hay en las Indias *águilas reales* y negras, y *aguillillas* de las rubias; hay *gavilanes* y *alcotanes*, y *halcones neblies* y *peregrinos*; hay unos *milanos* que andan á comer los pollos... hay otras aves mayores que grandes gerifaltes y de muy grandes piezas, y los ojos colorados en mucha manera, y la pluma muy hermosa, y pintada á la manera de los azores mudados muy lindos y andan pareados de dos en dos: hay *palomas torcaces* y *zoritas* y *golondrinas* y *codornices* y *aviones* y *garzas reales*, *garzotas* y *flamencos*. Hay *cuervos marinos*, *ánades*, *lavancos reales*, etc. Todas estas aves son de paso y no se ven sino á cierto tiempo. Hay asimismo *lechuzas* y *gaviotas*. Hay *papagayos* muchos, y de tantas maneras y diversidades que sería muy larga cosa decirlo, y cosa más apropiada el pincel para darlo á entender que la lengua... Estos papagayos siempre andan pareados... Hay *Rabihorcados* negros, y *Rabo de junco blancos*. *Pájaros-bobos*, *Patines*.. Hay unos pájaros nocturnos que persiguen á los murciélagos. Los *Pavos* son de mejor comer que los de España. Hay millares de *alcatraces* en las costas de Panamá pescando sardinetas. Hay *perdices* y *faisanes* diferentes de los de España. El *Picudo* que es una ave extraña cuyo pico de un jeme de largo pesa más que el cuerpo y muchísimas aves pequeñas que cantan maravillosamente.»

Véase: *Historia Natural de las Indias*, de OVIEDO, cap. XXVIII y XLVII.

dis) las cuales, según autores antiguos, eran despojadas del plumaje de su cola,—de un color tornasolado, entre verde, morado y oro, que á veces mide un metro de largo,—para adornar el tocado de los caciques y sacerdotes ¹.

En las orillas del mar, en los ríos y lagunas, en las ciénagas y pantanos bullen inmenso número de animales anfibios que se hacen la guerra unos á otros: las enormes *tortugas* de mar y las de agua dulce, que llaman los indígenas *tricotéas* ó *morrcoy*; los innumerables *cangrejos*, *langostas*, *camarones*; los monstruosos *sapos*, cuyas voces remedan al lejano trueno, y las *ranas* de variadísimas especies. Nadaban en los ríos y lagunas, entre dos aguas, los horripilantes *cocodrilos* ó *caimanes*, que acechaban á los descuidados animales que saltan á las orillas del agua ó trataban de atravesar los ríos, así como en las aguas saladas del mar buscaban alimento los voraces *tiburones*, la temible *tintorera* y la oculta *raya*, y en las rocas se escondían disformes *murciélagos* que vivían de la sangre de otros animales.

Muchedumbre de cuadrúpedos vagaban por las selvas en busca de pillaje: el pintado *tigre* americano—más pequeño que los de Asia y África, pero igualmente feroz; el cruelísimo *jaguar*; el *león* americano ó el *caguar* de colorado pelaje y el *miquero*; los *zorros* y *gatos monteses*; el *oso hormiguero* de puntiaguda trompa; el *puerco* montés; el *jabalí* y el *puerco espín* ²; los elegantes venados, de variados colores, según el clima en que se criaban; la *danta* ó *tapir* (*tapirus americanus*) de los trópicos, cuya fea figura remeda algún animal antidiluviano, y muchas otras especies de mamíferos. Entretanto veinte familias diferentes de cuadrumanos hacían gimnasia con asombrosa agilidad—desde el mono de negrísima piel, como el *congo bramador* ³, hasta el alegre y gracioso *titi* de color claro ⁴; desde el estúpido *perezoso* ⁵, hasta el ligerísimo *mico colorado* ⁶ que huye como el viento cuando le amenaza algún peligro. Estos monos viajaban en manadas haciendo grande algazara muchos de ellos, á pesar de que otros de humor tétrico vivían retraídos, solos y tristes, gimiendo dolorosamente.

Aquella exuberante naturaleza en que todo vivía, brillaba, se movía bajo un sol de fuego; una temperatura ardiente; no refrescada nunca por las lluvias tropicales que caían á torrentes,—pues aquéllas hacían levantar emanaciones mortíferas de los te-

¹ En las grandes ceremonias los Jefes ceñían su frente con una diadema aderezada con las más vistosas plumas, como las del *quetzal*. (Véase *Cherequí y Bocas del Toro*, por Pinard.)

² «En todos los montes hay grandes manadas de puercos, en tanta cantidad, que hay atajo de más de mil juntos con sus lechoncillos, y llevan gran ruido por doquiera que pasan. Quien por allí caminare con buenos perros no le faltará de comer. Hay grandes dantas; muchos leones y osos crecidos y mayores tigres. En los árboles andan los más lindos y pintados gatos que pueden ser en el mundo y otros monos tan grandes que hacen tal ruido desde lejos que algunos piensan que son puercos. Cuando los Españoles pasan debajo de los árboles por donde los monos andan, quiebran ramas de los árboles y les dan con ellas.»

Véase *Crónica etc.*, de PEDRO CIEZA DE LEÓN.

³ *Mycetes palliatus*.

⁴ *Hapale ædipus*.

⁵ *Choloepus hoffmani*.

⁶ *Eriodes frontalis*.

rrenos que inundaban y apagaban la brisa que moderaba el calor, —era, en verdad, la imagen de un lujo pernicioso y malsano, el cual en vez de producir felicidad y bienestar era la fuente del sufrimiento y la muerte.

Por las noches cuando el trueno no repercutía, el rayo eléctrico no iluminaba la lóbrega oscuridad y las lluvias no nublaban el cielo; en los meses de verano, cuando el cielo estaba sereno y diáfana la atmósfera, entonces los enmarañados y seculares bosques se veían iluminados por *luciérnagas*, *cócuyes* y millares de insectos fosforescentes que surgían por todas partes, desde el suelo hasta las más altas copas de los árboles, y alumbraban todo el ámbito con una luz resplandeciente y misteriosa.

Durante el día reemplazaban á los *cócuyes* y *luciérnagas* las pintadas mariposas, que volaban, por todas partes, más brillantes, más lucidas y más bellas que las flores de las orquídeas que colgaban en racimos de la mayor parte de los árboles, exhalando olores penetrantes, aromáticos y embriagadores.

Pero dirá el lector: «¿y el hombre...? ¿Por ventura ese país no estaba habitado por la raza humana?» Sí, lo estaba por gran número de tribus de hombres casi bárbaros. Éstos se ocultaban los unos de los otros en el fondo de aquellos riscos; huyendo al mismo tiempo y á toda hora de las fieras; tratando de escapar de las plagas animales y vegetales, durmiendo algunos en las copas de los árboles como monos, para huir de las inundaciones, de la constante humedad, del calor insoportable que exhalaba el suelo, y de los enemigos de toda especie que los atacaban y perseguían.

¿Quiénes eran esos hombres y á qué raza pertenecían? Lo más probable es que debieron de ser tribus degeneradas de familias más civilizadas que aun existían al Norte del Istmo cuando llegaron los españoles; así como los habitantes de México y Yucatán eran indudablemente razas también degeneradas de otra más civilizada que dejó sus huellas en monumentales ruinas, ya destruídas siglos antes de que descubriera Colón el Nuevo Mundo.

Las tribus casi salvajes que poblaban el Istmo provenían probablemente de familias que se separaron del tronco paterno, y buscando nuevas tierras se perdieron en medio de aquellas soledades. No quisieron ó no pudieron volver al sitio que ocupaban sus mayores, y entonces, abandonados á sí mismos, poco á poco fueron perdiendo toda noción de cultura, de manera que cuando arribaron los españoles á las costas de Panamá, cada día se alejaban más y más de la civilización, y bajaban lentamente por la escala del sér racional hacia aquel estado que acaba por producir la extinción de la raza. No iban de las tinieblas á la luz, no, era que habían dejado la luz para sumirse en la oscuridad. El hombre abandonado á sí mismo, sin conocimiento del verdadero Dios, no es susceptible de mejorar su inteligencia, al contrario cada día pierde algo de la cultura aprendida en su infancia; parécennos absurdas por cierto aquellas lamentaciones de los que se affigen con el cuadro, cruel ciertamente, pero tal vez necesario en los decretos del Altísimo, de la eliminación de los aborígenes de América á la llegada del hombre civilizado. Éste fué inhumano con el salvaje, pero si el salvaje no podía volver (pues indudablemente en un tiempo sus antepasados

fueron cultos) á la civilización, tenía que morir, había de desaparecer para dar campo á la raza blanca que enarbolaba por entonces la bandera en torno de la cual deberían reunirse los civilizados. Al cabo de los siglos vendrán quizás otras razas,—amarillas tal vez,—á recoger la bandera que el blanco, al corromperse y degradarse por el afinamiento excesivo, dejará caer de sus manos debilitadas é inertes. Pero mientras que nuestra civilización progresa y adelante por la vía que le ha trazado la Providencia, la raza cáucasa ha de dominar en todas partes con exclusión de las demás.

Poro volvamos á los istmeños de Panamá, en el momento en que se acercaba Colón á descubrirlos.

III

¿Eran los aborígenes istmeños de origen asiático y japonés como parece casi probado que lo fueron los habitantes del Norte de América? Lo creen así muchos etnógrafos, no solamente porque tienen los indígenas llamados *pieles rojas*, mucho contacto con los asiáticos, sino porque la flora de la América septentrional es idéntica á la japonesa, lo que probaría que en un tiempo hacían parte de un mismo continente.

Según se cree los habitantes del Istmo eran descendientes de colonizadores del Norte, y una de las pruebas de que pertenecían más bien á las razas septentrionales que á las meridionales, es que acostumbraban—y aun hoy mismo lo usan las tribus independientes que han quedado,—afilarse los dientes en forma de sierra, como los naturales del Yucatán, cosa que no se vió en el Sur de América.

Las casas de los istmeños (dice Benzoni) tenían la figura de un huevo y las cubrían en unas partes con cortezas de árbol y en otras con hojas de palma.

Según Andagoya, Gomara y otros que cita el historiador Bancroft, los costaneros eran de piel más oscura, de estatura más elevada y más fuertes que los de las sierras del interior. Todos tenían el pelo y los ojos negros, la nariz aplastada, la cabeza desfigurada por las planchuelas con que apretaban el cráneo de los niños recién nacidos para cambiarles la forma. Usaban el pelo suelto sobre la espalda y cortado sobre la frente y se pintaban los dientes y el cuerpo de negro; según la categoría del individuo formaban sobre la piel diversos dibujos con *achiote* y con tinte azul. Convertían los prisioneros de guerra en esclavos—como los antiguos romanos.—Á éstos llamaban *pacos* y eran los encargados de los oficios más viles.

El cronista Oviedo asegura que Balboa encontró esclavos negros en la tribu de los *Quarecas*, los cuales dijeron que vivían no lejos de allí y pertenecían á una tribu con quien las demás estaban siempre de guerra; pero lo más probable es que debían de ser indígenas de la costa, de piel renegrida, pero no realmente negra como la de los africanos.

Por lo general los istmeños no trataban con crueldad á sus mujeres si estaban enteramente sometidas á ellos; trabajaban para mantener al marido y los hijos, mientras que ellos guerreaban, se pintaban fantásticamente el cuerpo, se embriagaban ó descansaban durmiendo. Las mujeres, para agradarles, se colgaban narigueras, se agujereaban el labio inferior y las mejillas para incrustarse plumas, adornos de oro y garras de tigre. Como se acostumbraba la poligamia (según el uso de todo pueblo bárbaro) los hombres vivían á sus anchas muy cuidados por sus numerosas mujeres, sin que considerasen que hubiese para ellos otros deberes que el de levantar las chozas en que vivían sus mujeres con sus hijos—una en cada casa si el indio era activo y laborioso, ó todas juntas en una sola habitación si era perezoso y descuidado. También tocaba al varón la labor de desmontar y rozar el terreno en donde las mujeres deberían sembrar, cuidar, desyerbar y, por último, coger el producto de sus sementeras, moler el maíz y aderezar el alimento con que se sustentaba su marido y sus hijos.

De cierto estas costumbres eran las mismas en todos los pueblos de América y en nada se diferencian de las de los demás salvajes del mundo.

Los habitantes de las orillas del mar Atlántico—los cuales, según algunos americanistas, debían ser de raza caribe—vivían generalmente del fruto de la pesca. Apoderábanse de los peces por medio de redes de fique (fibras del *agabe*) ó con anzuelos hechos con la concha de la tortuga. Los del interior cazaban cerdos monteses, ciervos, y comerciaban con los de las costas, cambiando unos animales por otros. Unos y otros poseían sementeras de *maíz*, *yuca*, *batata*, *aji* (de varias clases y tamaños) y además comían de las frutas que hallaban abundantemente en las montañas.

Con el jugo del *ananás*, de varias especies de palma y del maíz, hacían bebidas fermentadas, con las cuales se embriagaban.

Las tribus del Norte del Istmo, algo más civilizadas que las vecinas del golfo de Urabá, tenían, según parece, para sus cambios comerciales, granos de cacao¹; considerábanlo prueba de grandeza el hacer uso de él como alimento. Solamente los caciques tomaban cacao desleído (por supuesto, sin azúcar) en ciertas épocas solemnes, y lo brindaban á sus huéspedes en señal de especial favor.

El uso del tabaco era general, llamábanlo *yapoquete*².

Sabían hilar el algodón que crecía silvestre en las selvas, y con ello fabricaban telas para sus delantales y guayucos, así como para las hamacas de los señores, pues por lo general éstas eran de *foque* y en forma de chinchorro. Los guerreros se distinguían por las coronas de garras de tigre y otras fieras que ostentaban durante las ceremonias y por el color rojo con que cubrían sus cuerpos desnudos, pues los inferiores se pintaban de negro. Se defendían con *macanas* y con ciertos dardos arro-

¹ Aún en la actualidad hay lugares en Centro América en donde los granos de cacao sirven de moneda corriente; 400 granos es un *contle*, 200 *contles* forman un *xiquipil* y tres *xiquipiles* hacen una carga.

² Véase *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica*, por el Lic. D. León Fernández, tomo I, pág. 117.

jadizos de madera durísima que ponían al fuego para sacarles punta, á más de arcos y flechas que labraban con huesos de animales y espinas de pez.

Llevaban á los caciques recostados muellemente en sus hamacas, pero no bien aparecía el enemigo cuando el jefe se arrojaba al suelo, empuñaba sus armas y tomaba el mando de su tropa. Llamaban al cacique *cueva* ó *quevi*, á los de segundo orden *saco* ó *cabra*; título que daban á los que se habían distinguido en los combates. Las mujeres de los cuevas tenían el título de *espave*. Á los hechiceros llamaban *tequi*¹.

En algunas tribus las mujeres—(que llamaban *ira*) combatían al lado de los hombres—(*chuis*).

¹ Oviedo, *Natural historia de las Indias*, varias veces citada.

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Paris, Mayo 1892.

